

IMMATURI ET INNUPTI

TERRACOTAS FIGURADAS EN AMBIENTE
FUNERARIO DE CORDUBA, COLONIA PATRICIA

D. VAQUERIZO GIL

BARCELONA (2004). *COL-LECCIÓ INSTRUMENTA* 15, 277 PP., 170 LÁMS.

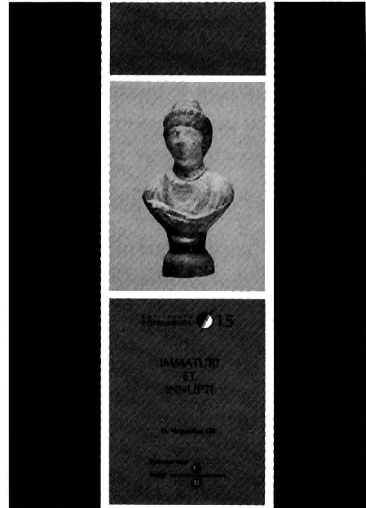
N.º 16 / AÑO 2005

PÁGS. 333 / 336

Para el gran público (y también para algunos profesionales de la disciplina) la palabra Arqueología, sobre todo si va acompañada del adjetivo “Clásica”, suele evocar directa y casi exclusivamente la imagen del gran monumento arquitectónico, de la bella obra escultórica o del hallazgo “excepcional” (considerado casi siempre como tal por su alto valor artístico y crematístico). En cambio, otros muchos testimonios del pasado menos espectaculares y bastante más modestos –pero abrumadoramente predominantes en los almacenes de los Museos y en los inventarios de excavaciones– en razón de su tamaño, material y/o técnica de elaboración suscitan, por lo general, un interés considerablemente menor entre la mayoría de los aficionados a la Arqueología, y en no pocos arqueólogos.

Sin embargo, no puede olvidarse que todos esos sencillos elementos de “cultura material” realizados en cerámica, metal, vidrio, hueso, etc., tan abundantes en el registro arqueológico como frecuentemente poco valorados, tienen una importancia enorme, podría decirse que vital, para el conocimiento de sociedades pretéritas como la romana; por cuanto nos hablan (si se les sabe hacer hablar) de aquellas parcelas más próximas a la vida y a la muerte de los individuos “de a pie”: sus quehaceres cotidianos, sus hábitos alimenticios, sus juegos y diversiones, su sexualidad, sus enfermedades, sus esperanzas y creencias en el Más Allá... Aspectos íntimos, pero graves, que, de no ser por estos “humildes” restos –y por las fuentes literarias antiguas, no siempre por desgracia suficientemente explícitas–, nos resultarían prácticamente imposibles de aprehender hoy día, dado su carácter en gran medida inmanente.

De materiales muy sencillos (figurillas romanas de terracota halladas en Córdoba) y cuestiones por contra hondas y complejas (las costumbres funerarias de los antiguos cordubenses) trata,



precisamente, la monografía de D. Vaquerizo que aquí reseñamos. Centrada, en concreto, en el estudio detallado de 53 piezas de pequeño formato, agrupadas en un total de 14 tipos (entre los cuales el más numeroso de lejos es el de los bustos femeninos, con 33 ejemplares), la obra constituye el culmen de una línea de investigación sobre la coroplastia hispanorromana iniciada por el autor casi diez años antes y plenamente desarrollada en el marco del Proyecto *Espacio y Usos funerarios en Corduba (Funus)*, dirigido por el propio Vaquerizo desde 1998.

Los 8 capítulos (más el pertinente Catálogo) en que se divide el libro quedan perfectamente hilvanados entre sí a través del hilo conductor de las terracotas funerarias cordobesas, estudiadas desde casi todas las perspectivas posibles con rigor, exhaustividad documental y solvencia metodológica, como ponen claramente de manifiesto en el texto las numerosas citas bibliográficas, la incesante búsqueda de paralelos para contextos y piezas y la amplitud y erudición de las anotaciones a pie de página.

Dos han sido los principales problemas a los que Vaquerizo se ha visto forzosamente enfrentado en su investigación: por un lado, la falta de datos precisos y fiables sobre la procedencia de muchas de las piezas analizadas, debido a la antigüedad de los hallazgos y/o a la ausencia de método científico en su recuperación; por otro, la escasez de estudios sistemáticos y de conjunto referidos a las terracotas de Hispania, para las que los viejos trabajos de A. Laumonier (1921) y P. Paris (1936), o el mucho más reciente de M. Blech (1993), eran hasta la fecha prácticamente las únicas (y obligadas) referencias.

Como es lógico suponer, el primero de esos problemas no ha podido quedar solventado, pese a los denodados esfuerzos del autor, quien en ocasiones –como ocurre con las terracotas halladas junto a la Puerta del Colodro (pp. 55 ss.)– ha realizado una intensa labor de rastreo que podríamos calificar de detectivesca. No obstante, y sin olvidar que también debieron estar presentes en contextos domésticos, fabriles y cultuales de la ciudad y su entorno, resulta evidente que un gran número de las terracotas de *Corduba* (tal y como se ha constatado en otras partes del antiguo Imperio romano) se vinculan con seguridad o bastante probabilidad al ámbito funerario. El intento de ofrecer una explicación satisfactoria a este hecho es el verdadero *leitmotiv* de la obra.

El segundo de los escollos aludidos ha sido, en cambio, holgadamente salvado por Vaquerizo mediante el recurso a la literatura científica internacional, bastante más abundante que la española, sobre todo en lo que respecta a Europa Central y Occidental. Destacan en este sentido, entre otros, los trabajos de M. Rouvier-Jealin (1972), F. Jenkins (1977), A. Blanchet (1983; or. 1891 y 1901), G. Bockel (1983, 1985 y 1986), H. Lange (1990) o V. von Gonzebach (1995), con los que el autor establece un diálogo constante, unas veces más o menos afín y otras abiertamente discrepante, en lo que respecta a la funcionalidad y al significado de las terracotas funerarias en el mundo romano.

Aun cuando la revisión historiográfica llevada a cabo en el capítulo II (pp. 19 ss.) es harto meritoria, sin embargo, las verdaderas aportaciones de la obra se encuentran en los apartados dedicados al análisis iconográfico

de las piezas (capítulo IV, pp. 65 ss.); a los talleres en los que las mismas se fabricaron (capítulo V, especialmente pp. 158 ss.); a su datación (capítulo VI, pp. 165 ss.); y, sobre todo, a su interpretación funcional, simbólica e ideológica, expuesta con pormenor y ampliamente argumentada en el capítulo VII (pp. 169 ss.), y rematada de forma sintética en el que, a manera de conclusiones, precede al Catálogo (capítulo VIII, pp. 193 ss.).

El examen minucioso de la iconografía permite a Vaquerizo ofrecer una clasificación tipológica de las terracotas cordobesas dotada de singular importancia, por cuanto pone en orden, al fin, el citado material, conocido en muchos casos desde antiguo pero nunca sistematizado, sirviendo asimismo de sólida base para futuros estudios sobre las terracotas hispanorromanas. Sobresale aquí el excelente cotejo entre la plástica mayor (oficial y privada) y la coroplastia hispana en relación al nutrido grupo de los bustos femeninos (pp. 87 ss.), tocados con los mismos (o parecidos) peinados que pusieron de moda las emperatrices, princesas y damas de la alta sociedad entre las épocas flavia y severiana. Que buena parte de los bustos citados imitó alguno de los diferentes tipos de retratos oficiales de las Faustinas, especialmente de Faustina la Menor, es indiscutible, a tenor del análisis mencionado (y pese a la inferior calidad de las pequeñas efigies de barro o a los ocasionales caprichos de los artesanos en la plasmación de los motivos); ello conduce a datar un porcentaje elevado de la producción cordubense y bética de terracotas en los años centrales del siglo II d.C. Muy sugerentes son, de otra parte, las argumentaciones vertidas con respecto a los

bustos de Minerva (casi exclusivos de la Bética), a unas supuestas representaciones de Attis (¿o de jovencitas?) o a los caminantes hacia el Más Allá? cargados con sacos.

Por otro lado, a partir del análisis técnico de las piezas (en absoluto carente de interés), y en función de los detalles iconográficos, el autor deduce la existencia de, al menos, seis conjuntos o lotes que habrían salido de otros tantos posibles talleres cordobeses, cuya actuación y alcance tal vez rebasaran los límites de la capital. Es ésta una de las cuestiones todavía pendientes de desarrollo sobre las que, sin duda, podrá profundizarse en el futuro.

Apoyándose una vez más en los paralelos iconográficos y tipológicos, así como en los respectivos contextos de hallazgo (cuando éstos se conocen y son fiables), Vaquerizo sitúa las terracotas romanas de Córdoba entre los comedios del siglo I d.C. y los primeros años del siglo III d.C., con un claro momento de esplendor, como hemos indicado, hacia mediados de la segunda centuria. Son éstas unas fechas bastante similares a las que arrojan las piezas procedentes de otras zonas del Imperio, como la Galia, hecho que, entre otras conclusiones, manifiesta el elevado grado de aceptación y asimilación de una forma de vida común (la romana) por parte de los habitantes de las provincias, a pesar de las diferencias y peculiaridades regionales.

Finalmente, queda por aludir a la que, a nuestro juicio, puede considerarse principal valía de este trabajo, constituyendo además su aportación más original. Nos referimos a la propuesta de explicación sobre la frecuente presencia de terracotas romanas en

ámbito funerario y, muy especialmente, en enterramientos infantiles. Teniendo siempre en consideración lo observado a este respecto por otros investigadores (ya sea para mostrarse de acuerdo o disconforme), así como el innegable carácter polivalente, multifuncional y polisémico de estas producciones aparentemente “menores” (p. 186), el autor recurre a la documentación arqueológica disponible (no demasiado abundante y, por tanto, no del todo concluyente), a las fuentes literarias antiguas (Séneca, Macrobio, etc.) y a su propia intuición para sostener que las figurillas de terracota depositadas en contextos funerarios habrían constituido, en la mayoría de los casos, símbolos de vidas truncadas, de trayectorias vitales rotas antes de tiempo; motivo por el cual los infortunados individuos que las recibieron en sus tumbas (*immaturi et innupti*) no pudieron desarrollar la función que de ellos esperaba la sociedad. Esta circunstancia habría sido particularmente resaltada en el caso de niñas y doncellas, a quienes por causa de su muerte prematura les resultó imposible convertirse en dulces esposas y madres fértiles.

La novedosa, valiente y bien argumentada hipótesis de Vaquerizo resulta sumamente convincente, aunque como él mismo reconoce ha de quedar por el momento abierta a la espera de los avances que puedan producirse en el conocimiento arqueológico de las costumbres funerarias romanas –a través especialmente de futuras excavaciones urbanas– y en los muy importantes estudios bioantropológicos.

En definitiva, nos hallamos ante un trabajo de investigación serio, meticuloso y metodológicamente impecable, que consigue llamar la atención sobre la gravedad y trascendencia como documentos históricos de unos objetos de arcilla sencillos, modestos, pero en absoluto simples. Si la atractiva interpretación del autor acerca del uso y el significado de las figurillas de terracota en sepulturas de individuos inmaduros y célibes es acertada o no sólo podrán determinarlo los hallazgos que en adelante se sucedan. Mientras tanto, la obra aquí reseñada se ha convertido ya, por méritos propios, en cita ineludible para el estudio de la coroplastia antigua.

JOSÉ A. GARRIGUET MATA
UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA